

La fugacidad de la vida en la poesía áurea española

Lección inaugural del curso 1943-44
en los Institutos de Navarra

El autor pone de manifiesto el carácter escolar de este trabajo, exento, por lo tanto, de toda pretensión ulterior

Dignísimas autoridades. Ilustre claustro de los Institutos de Navarra. Estudiantes. Señoras y señores.

Voy a prescindir de palabras tan inútiles como acostumbradas en exordios de discursos y conferencias. Todos las sabéis de sobra y podéis aplicarlas mejor que nunca a este caso de hoy. Únicamente diré que estoy aquí atendiendo a uno de los imperativos rectores de mi conciencia. Siempre fué norma de mis acciones el cumplimiento del deber, y no podía eludirlo hoy que me ha sido impuesto por el primer centro docente de Navarra al que me honro en pertenecer. No ocultaré por ello mi lícita satisfacción, ni dejaré de cumplir con la cortesía dando a todos las gracias más rendidas.

El tema de la lección de hoy es por demás sugestivo y atractiva, y pone de manifiesto un aspecto importante de nuestra literatura.

Vamos a ver un motivo tan viejo como el mundo: la caducidad de las cosas y el aprovechamiento del instante que es la vida.

El conocimiento del mundo como algo deleznable y efímero pertenece a todos los tiempos. Llenas están las literaturas clásicas de este lugar común. Griegos y romanos pensaron ya en la brevedad temporal del hombre, y la inclinación sensual del paganismo resolvió este grave tema de meditación procurando

obtener de la vida todo lo placentero y agradable. Es el horaciano.

Carpe diem quam mínimum credula postero (1)

que luego ha de plasmar en el no menos famoso poemilla atribuido a Ausonio que en sus versos finales sienta la fórmula expresiva que ha de dar motivo a la imitación por parte de nuestros poetas áureos:

Collige, virgo, rosas dum flos novus et nova pubes
Et memor esto: aevum sic properare tuum (2).

En contraste con este sentido epicúreo de la vida, nos encontramos con la honda afirmación del Eclesiastés: Vanitas vanitatum et omnia vanitas.

Por un lado alegría y gozo del mundo en ese breve momento. Por otro «vanidad y aflicción de espíritu», como dice el Predicador. He aquí cómo una misma verdad, el rápido vuelo de lo temporal, origina dos actitudes opuestas según dos morales distintas.

Partiendo de aquí, me propongo poner de manifiesto la evolución de este tema tan abundante en la lírica española, insertando como muestra algunos poemas que os harán más llevadera esta lección. Prevengo de antemano que el asunto no quedará agotado en esta breve disquisición, sino simplemente sugerido o insinuado a manera de ensayo. Pretender otra cosa sería abusar de la paciencia de los que me oyen.

(1) Odas. Lib. I-XI. Tu ne quaesieris. El tema es especialmente predilecto a la lira de Horacio, recordemos la oda 14 del libro II, Eheu fugaces, donde el poeta invita a Póstumo a pasar cómodamente la breve vida ante la seguridad de la muerte inexorable. La oda fué traducida muchas veces a nuestro idioma, una de ellas por Fr. Luis de León que hizo una interpretación magistral:

Con paso presuroso
se va huyendo ¡ay Póstumo! la vida.

Véase Menéndez Pelayo, Horacio en España.

(2) Ausonio, De rosis nascentibus. Bibl. Teubneriana. Sobre la atribución de este idilio a Ausonio y su posible imitación de un poema juvenil virgiliano, véase Menéndez Pelayo Bibliografía hispano-latina clásica, que da noticia de hasta veintidós traducciones y adaptaciones españolas e hispanoamericanas.

El tema se nos presenta a veces como simple lamentación por la fugacidad de la vida, como canta el anónimo autor de la «Epístola moral a Fabio»:

¿Qué es nuestra vida más que un breve día
do apenas sale el sol cuando se pierde
en las tinieblas de la noche fría? (3).

Otras aparece unido con su consecuencia inmediata: la incitación al empleo del don precioso de la existencia, ya con su sentido cristiano, moviendo a las almas al ejercicio de la virtud, lo que lleva consigo la consideración de la vida humana como camino para la otra verdadera, ya desde un punto de vista pagano, invitando al goce de los bienes temporales que el mundo brinda.

Durante la Edad Media ambas caras de la cuestión aparecen equiparadas. Las constantes admoniciones de los predicadores, y las críticas de los varones sesudos crean un ambiente de recogimiento y de temor, que más bien que en el terreno de la voluntad y de las obras vive únicamente en la cabeza, pues vencen las invitaciones de la poesía goliardesca que presenta el lado más placentero y alegre desde un punto de vista mundano. Es el debate, género tan abundante en el medievo, entre el bueno y el loco amor: junto a los regocijos juglarescos, el temor a la justicia divina y el dolor de corazón ante la muerte acechante.

Hace falta llegar al siglo XV para que el tema se nos presente en toda su dimensión; tomaré para ponerlo de manifiesto el famoso poema manriqueño dedicado a la muerte del maestro don Rodrigo. Desde la primera copla comienza el poeta con el escalofriante anuncio de la muerte próxima:

Recuerde el alma dormida	cuán presto se va el placer,
avive el seso y despierte	cómo después de acordado
contemplando	da dolor,
cómo se pasa la vida,	cómo a nuestro parecer
cómo se viene la muerte	cualquiera tiempo pasado
tan callando:	fué mejor.

(3) Menéndez Pelayo. Cien mejores poesías.

<p>Y pues vemos lo presente cómo en un punto es ido y acabado, si juzgamos sabiamente, daremos lo no venido por pasado. No se engañe nadie, no, pensando que ha de durar lo que espera más que duró lo que vió, porque todo ha de pasar por tal manera.</p>	<p>Nuestras vidas son los ríos que van a dar en la mar, que es el morir; allí van los señoríos derechos a se acabar y consumir; Allí los ríos caudales, allí los otros medianos y más chicos; allegados, son iguales los que viven por sus manos y los ricos.</p>
--	--

(Interesa que nos fijemos en este motivo de comparación entre el movimiento de la vida y el fluir de los ríos, que desde aquí se ha de acreditar en nuestra poesía hasta convertirse en un lugar común. Sin embargo, ya veremos cómo a partir del siglo XVI son las flores, y entre todas ellas la rosa, los motivos preferidos para simbolizar la fugacidad de la vida) (4).

(4) He aquí en la Epístola Moral a Fabio, el tema del río:

Como los ríos que en veloz corrida
 se llevan a la mar, tal soy llevado
 al último suspiro de la vida.

El motivo de comparación alterna con otros menos frecuentes y más dispersos, pero el Renacimiento, que trae la sabiduría clásica, dedica SI preferencia a las rosas imitando el citado poema de Ausonio. Comentando Herrera el soneto XXIII de Garcilaso, dice: «El argumento de este soneto es tan común que muchos Griegos y Latinos, muchos Italianos y Españoles lo han tratado casi infinitas veces, pero ninguno como Ausonio (si fué el que escribió aquella elegía de la Rosa), el cual, determinando tratar de la fragilidad de la vida humana, no consiguió la consideración y severidad filosófica, ni traxo para la declaración de su intento discursos de la general mudanza de las cosas; que era sugeto grave y magnífico donde pudiera abrir todas las venas de la elocuencia en l'alteración de los cuerpos inferiores, o en la variación de los superiores, con palabras hermosas y escogidas, y sentimientos levantados y esquisitos, pero no deleitosos y miserables; mas decendiendo con el ánimo a las cosas no grandes y elevadas, arduo inquiriendo con el pensamiento, qué cosa hubiese bella y agradable como la vida humana, y que durase poco; y considerando la figura, suavidad, olor, color, lustre y belleza de la Rosa, hermosísima entre las otras flores, y que su ser no dura más que el curso de un día; conoció que esta le daría palabras deleitosas, bellas y escogidas, cuales pretende el poeta, porque como ninguna flor hay más amable, ninguna más agradable de olor, y así ninguna dura meros, no se podía hallar otra más conveniente para el sugeto; y con artificiosa y figurada descripción, y con suave número de versos, gastó toda la elegía en la poco durable y casi momentánea vida de la Rosa, y hablando della, se deja entender que trata de la fragilidad y flaqueza humana, aunque no da maestra dello pino en el verso primero». (Anotaciones a Garcilaso, Sevilla 1580).

Como vemos, el tema queda centrado, aunque sólo en su aspecto primero y fundamental: la honda meditación ante el breve tránsito del hombre por el mundo. Pero poco después el poeta nos dirá su concepto sobre el empleo de la vida, que no puede ser otro que el cristiano:

Este mundo es el camino
para el otro, que es morada
sin pesar;
mas cumple tener buen tino
para andar esta jornada
sin errar.

Partimos cuando nacemos,
andamos mientras vivimos,
y llegamos
al tiempo que fenecemos;
así, que cuando morimos
descansamos.

Este mundo bueno fué
si bien usásemos dél
como debemos,
porque, según nuestra fe,
es para ganar aquel
que atendemos.

Y aun el Hijo de Dios,
para subirnos al cielo,
descendió
a nacer acá entre nos,
y vivir en este suelo
do murió.

Ved de cuán poco valor
son las cosas tras que andamos
y corremos;
que en este mundo traidor
aun primero que muramos
las perdemos.

Dellas deshace la edad,
dellas casos desastrados
que acaecen,
dellas, por su calidad,
en los más altos estados
desfallecen.

Tras estos versos de maravillosa belleza, a la par que de profundo contenido, aparecen las dos vidas dadas por el cristianismo: la temporal y perecedera, como camino y como prueba, y la eterna que es la importante.

Pero hay otro mundo más que nos interesa en estas inmortales coplas. Por un resquicio insospechado podemos asistir a otra vida nueva hasta entonces. Se trata del recuerdo que el rápido tránsito del hombre puede dejar en el mundo, fábrica de glorias humanas. La vida es breve, es verdad, y un mundo eterno nos aguarda, pero nuestro paso por la tierra dejará en nuestros sucesores una memoria cuya calidad depende de nuestra conducta. Por eso, la muerte, esa muerte medieval de las danzas igualatorias, arenga a don Rodrigo diciéndole:

Buen caballero
dejad el mundo engañoso
y su halago;
muestre su esfuerzo famoso
vuestro corazón de acero
en este trago;
y pues de vida y salud
hicisteis tan poca cuenta
por la fama,
esfuércese la virtud
para sufrir esta afrenta
que os llama.

No se os haga tan amarga
la batalla temerosa
que esperáis,
pues otra vida más larga
de fama tan gloriosa
acá dejais:
Aunque esta vida de honor
tampoco no es eternal
ni verdadera,
mas con todo es muy mejor
que la otra temporal
percedera.

El vivir que es perdurable
no se gana con estados
mundanales,
ni con vida deleitable
en que moran los pecados
infernales;
mas los buenos religiosos
gánanlo con oraciones
y con lloros;
los caballeros famosos
con trabajos y aflicciones
contra moros.

Y pues vos, claro varón,
tanta sangre derramasteis
de paganos,
esperad el galardón
que en este mundo ganasteis
por las manos;
y con esta confianza
y con la fe tan entera
que teneis,
partid con buena esperanza
que estotra vida tercera
ganareis. (5)

Y en este templo humano de la fama perdurará la memoria del caballero sometido en las pasiones de su fugaz existencia por el temor divino y por el freno del juicio de la fama. El hombre no se conforma con esta vida caduca y rauda, y crea para sí una perduración inmortal dentro de la misma vida humana. No en vano estamos en los albores del Renacimiento que dará al hombre terrenal una valoración muy superior y no imaginada hasta esa época.

Y llegamos al siglo XVI, años alegres de triunfos renacentistas en que el mundo y el hombre cobran categoría por sí mismos. Se vive no sólo para después, sino para eso, para vivir. Gozad, gozad ese fugaz instante que se os ofrece y no dejéis perder vuestra risueña primavera, está diciendo siempre, mien-

(5) Menéndez Pelayo. Cien mejores poesías.

tras el hombre incauto se entrega a la vida riente y engañadora. Es ahora cuando el epigrama de Ausonio a que antes aludí encuentra su ambiente propicio y se divulga hasta la saciedad en numerosas traducciones e imitaciones que repiten los mismos tópicos según vamos a ver en las muestras que leeré.

Es la primera un soneto de Garcilaso, limpio como el cristal. Aparecen ya en él todas las galas de la poesía renacentista. Oído una vez más:

En tanto que de rosa y azucena
se muestra la color en vuestro gesto,
y que vuestro mirar ardiente, honesto,
enciende el corazón y lo refrena;
y en tanto que el cabello, que en la vena
del oro se escogió, con vuelo presto
por el hermoso cuello blanco, enhiesto,
el viento mueve, esparce y desordena;
coged de vuestra alegre primavera
el dulce fruto, antes que el tiempo airado
cubra de nieve la hermosa cumbre.
Marchitará la rosa el viento helado
todo lo mudará la edad ligera
por no hacer mudanza en su costumbre (6).

Frente a frente están dos realidades: la juventud lozana y la vejez que va llegando, alegre primavera e invierno cano, oro o plata en la cabeza; pero mientras dura la alegría y la belleza, coged sus frutos, nos dice el poeta. Bien clara está su actitud. El poema es un brioso canto a la vida llena de jugo, pasajero pero sabroso, y hasta el verso décimo van saliendo al paso como otras tantas tentaciones los símbolos de la vida rebo-sante, mientras el final queda marchito como un acorde trun-cado por un rictus dolorido. Herrera, que hasta ahora ha sido el mejor crítico de la poesía garcilasiana, observó ya en el último terceto un cierto desmayo que censura al poeta toledano. Yo

(6) Garcilaso. Son. XXIII. Ed. Clásicos Castellanos. 2.^a ed. 1935.

creo mas bien, que esta languidez final se corresponde con el significado del poema, valientes sus comienzos como canto de triunfo, y apagado para terminar como sollozo funeral, igual que en una sinfonía que principia con un fortísimo ataque de la orquesta y acaba con el largo de un violín que deja colgando una nota tremulante.

El mismo Herrera, y antes que él el Brocense, notaron ya cómo este soneto es un traslado de otro de Bernardo Tasso, y facilmente podríamos hallar el viejo tema clásico en numerosos poemas de otros tantos escritores europeos de aquel tiempo. Pensemos, por ejemplo, en el magnífico soneto de Ronsard.

Cueillez des d'aujourd'hui les roses de la vie (7)

En España tuvo una resonancia inmensa y circuló abundantemente, ya recitado, ya cantado con la música que para él compuso el famoso Francisco Guerrero (8).

Y tras esta piedra de toque surgieron las innúmeras adaptaciones y alusiones al tema hasta hacer de él un tópico más de la poesía del Renacimiento, manejado siempre en el mismo sentido que acabamos de ver. Hay un ansia incontenible de vida que imprime a esta época una alegría característica que perdura durante toda la primera mitad del siglo XVI y sólo se turba por el grito apocalíptico de Alejo Venegas que nos recuerda la «Agonía del tránsito de la muerte» (9). Entre la cuestión primordial que es la consideración de la brevedad de la vida y el goce del mundo, triunfa éste como en una bacanal. Será preciso llegar al barroco para que se colme esta ansia y vuelva a entenebrecer los espíritus la conciencia de la muerte segura y la próxima pérdida de los bienes terrenos.

No os cansaré con vanos comentarios, pálidos siempre ante la belleza y elocuencia de los versos que son por sí mismos el testimonio claro de cuanto pretendo deciros. Veamos estos de Esteban Manuel de Villegas, dedicados a Drusila:

(7) Ronsard. Obras completas. París, Garnier 1923. El tema de la rosa como símbolo de lo fugaz es abundantísimo en este poeta; recuérdese entre muchas la oda del Libr. I:

Mignone, allons voir si la rose

(8) Libro de tiple. Canciones y villanescas espirituales. Venecia 1589.

(9) Toledo, 1538.

<p>En tanto que el cabello resplandeciente y bello luce en tu altiva frente de cristal transparente, y en tu blanca mejilla la púrpura que brilla, la púrpura que al labio no quiso hacerle agravio, goza tu Abril, Drusila, en esta edad tranquila:</p>	<p>coge, coge tu rosa, muchacha desdeñosa, antes que menos viva vejez te lo prohíba. Porque si te rodea y en tí su horror emplea, quizá lo hará de suerte que llegues a no verte, por no verte tan fea. (10)</p>
--	--

Y estos otros con que Herrera termina la traducción del poema de Ausonio, publicada en sus Anotaciones a Garcilaso:

Coged las rosas vos que vais perdiendo,
mientras la flor y edad, señora, os mueva,
y acordaos que va desfalleciendo
vuestro tiempo y que nunca se renueva (11).

Cristóbal de Mesa insiste varias veces sobre el tema en su «Valle de lágrimas y diversas rimas» (1606). He aquí una de ellas:

En tanto que el color de nieve y grana
adorna vuestro alegre rostro bello,
y que el gallardo error del rubio vello
esmalta vuestra frente soberana;
y que al fino oro en lustre y gracia gana
vuestro precioso, lúcido cabello,
y al marfil deja atrás el gentil cuello
poniendo en duda o no si sois humana;
de esa flor, de ese lirio, de esa rosa
y amena primavera que, florida,
dulce os promete y grato pasatiempo,
coged el fruto con la breve vida:
que la edad pasa y muda toda cosa,
y todo, al fin, tras sí lo lleva el tiempo.

Entre esta actitud animadora y vitalista del primer renacimiento que, como vamos viendo, incita al goce de la vida que pasa, y la gemebunda del barroco que luego expondré, podemos

(10) Eróticas o amatorias. Cantilena X. Ed. Clásicos Castellanos. Madrid 1913.

(11) Sevilla, 1580, Op. cit.

situar una situación intermedia para la que nos sirve muy bien este soneto de Francisco de Medrano, uno de los varios poetas de este nombre, nacido el poema del rencorcillo motivado por el despego de una dama desdeñosa:

Esta que te consagro fresca rosa,
primicia, Galatina, del verano,
haya virtud tocándola tu mano
de hablarte muda así, tirana hermosa:

«Esa faz, esa misma que envidiosa
vió la mañana, y admiró el temprano
sol, con desprecio la verá y ufano
el hesperio ya mustia y mentirosa.

Yo nací hoy tal, que a emulación del día
robé los ojos, ya no soy cual era,
que la belleza es breve tiranía».

Y tú, ¡ay!, dirás: «¡O nunca hermosa fuera
si así de breve marchitarme había
para más llorar siempre que me viera!» (12).

Góngora, poeta del barroco formal por excelencia, adopta con respecto al tema la misma actitud vitalista que hemos visto anteriormente. Vamos a verlo en dos sonetos de sus primeros años. Pero algo hay en ellos más inquietante y desolador. Este es uno:

Mientras por competir con tu cabello,
oro bruñido, el sol relumbra en vano,
mientras con menosprecio en medio el llano
mira tu blanca frente el lilio bello;
mientras a cada labio, por cogello,
siguen más ojos que al clavel temprano,
y mientras triunfa con desdén lozano
del luciente cristal tu gentil cuello:
goza cuello, cabello, labio y frente,
antes que lo que fué en tu edad dorada
oro, lilio, clavel, cristal luciente,
no solo en plata o viola troncada
se vuelva, más tú y ello juntamente
en tierra, en humo, en polvo, en sombra, en nada (13).

(12) Bibl. Aut. Esp. XXXII.

(13) Ed. Millé y Giménez. Madrid s. a.

Deja este último verso, digno de Quevedo o de Calderón, la impresión del viento helado de la muerte, y destruye con arranque brutal toda la molicie de los cuartetos.

El otro soneto es éste, uno más en la ya larga lista:

Ilustre y hermosísima María,
mientras se dejan ver a cualquier hora
en tus mejillas la rosada Aurora,
Febo en tus ojos, y en tu frente el día,
y mientras con gentil descortesía
mueve el viento la hebra voladora
que la Arabia en sus venas atesora
y el rico Tajo en sus arenas cría;
antes que de la edad Febo eclipsado,
y el claro día vuelto en noche oscura
huya la Aurora del mortal nublado,
antes que lo que hoy es rubio tesoro
venza a la blanca nieve su blancura,
goza, goza el color, la luz, el oro (14).

No he de seguir adelante sin significar un curioso aspecto que todos habreis notado ya. En los poemas que venimos comentando se invita al goce de la vida simbolizada en la primavera de la edad, y aparece plásticamente ante nuestros ojos la pintura de un tipo femenino que nos da el ideal estético de este tiempo en lo que se refiere a la belleza de la mujer. La invitación está, por lo general, dirigida a una dama, y para encarecer el frescor de la juventud en flagrante contraste con la rugosidad de la vejez y el espanto de la muerte, los poetas se afanan en dibujar un retrato que resulta siempre el mismo y se convierte en el canon de su tiempo, algo así como el desiderátum en punto a belleza femenina.

En cualquier momento podemos apreciar cómo la moda invade no sólo el atuendo externo y cambiante, sino también la esencia física y hasta psicológica del personaje: tal color de pelo, de ojos, de tez, entereza de genio, volubilidad de carácter, desenvoltura de gesto o recogimiento recatado, definen la modernidad de un tipo ante los ojos de la sociedad callejera y mundana, y la poesía de entonces nos presenta su dechado. Todas

las Clori, Nise, Elisa, etc., están imaginadas y trazadas con un mismo patrón, y las personas reales que se esconden bajo tales nombres se despersonalizan y toman los rasgos que la moda exige. Su cabello es de oro, la frente tiene la blancura de la pluma del cisne, o es de azucena y lirios amasados; sus mejillas son rosas, encendidos claveles tienen envidia del color de sus labios, rojos como corales; pequeños y codiciados como las perlas son sus dientes, y su boca exhala ambar y algalia: toda la figura palpita con una nueva suavidad y delicadeza espiritual. Todo esto es lo que se ha de perder en breve tiempo. Pero todo son argucias del arte que deforma la naturaleza a su antojo.

Y para que este tema no parezca demasiado ligero, presentaré algunos ejemplos de poetas graves y ceñudos que también rinden culto al mismo canon artístico:

Elisa, ya elpreciado
cabello que del oro escarnio hacía,
la nieve ha variado.

Escribe Fray Luis de León (15):

Cándida producción del Gange o Paro,
torneado cuello es, sin que haya alguno
cristal más transparente, puro y claro,
que el que muestran los dientes uno a uno;
y el manto azul en hermosura raro
de su pavón lozano bordó Juno,
como sus ojos, luces radiantes,
zafiros del amor si no diamantes.

dice el desconocido Fr. Plácido de Aguilar, en su fábula de Siringa y Pan, que Fr. Gabriel Tellez incluye en sus Cigarrales de Toledo (16):

Las flores tienes de sus labios, selva;
la luz ganaste de sus ojos, viento;
el oro debes a su frente, río.

canta Fr. Pedro de Jesús llamado en el mundo Pedro Espinosa (17).

(15) Oda VI. Ed. Llobera. I. Cuenca 1932.

(16) Ed. Said Armesto. Madrid 1913

(17) Obras completas. Ed. Rodríguez Marín. Madrid 1909.

Este canon establecido imprime carácter y es un rasgo importante que caracteriza al estilo de la época, no sólo en la literatura, sino también en las demás artes. Probemos a hacer un parangón con la pintura italiana del XV y del XVI, y encontraremos las mismas figuras en la Gioconda, o en el retrato de Isabel de Este, pintadas por Leonardo; en las Madonnas, de Rafael, y en la Galatea; del Peruguino, en las Gracias del Tintoretto y en la Julia Conti del Veronés. Pero donde yo creo encontrar más aún que en la famosa Monna Lisa, el tipo perfecto de este canon artístico, es en el retrato de la Emperatriz Isabel, esposa de Carlos V, pintado por el Ticiano, mujer tenida por la más bella de su tiempo y cuyo cadáver dió lugar a la lección de desengaños que motivó el trueque del Duque de Gandía por San Francisco de Borja, quien hizo profesión de no servir más a señor tan efímero que tan prontamente pueda morir.

Y tras esta desviación, hemos venido a dar nuevamente, como traídos de la mano, en el tema central de la lección.

Tócanos ahora ver la actitud atormentada y agónica del siglo XVII. He de advertir previamente que en la historia de la cultura se aceptan estas designaciones cronológicas sin que el lapso de tiempo que comprenden coincida con el correr natural de los años. Entiendo aquí por siglo XVII más que un determinado período de tiempo, un concepto complejo cuyos factores prestan unidad y personalidad a una época distinta en esencia de sus anteriores y subsiguientes. Pidiendo prestado el término a las artes plásticas, se ha dado a este concepto la denominación de barroco.

Pero hay un barroco puramente formal y externo que para nada nos interesa ahora. Es en el hondo sentido intelectualista del conceptismo donde encontramos la firme posición negativa del mundo. La vida es un breve soplo; el mundo es falso y engañoso, y siendo así ¿hemos de perseverar en él? «Pulvis es et in pulverem reverteris». Al ansia irrefrenable de goce y alegría, característico del XVI, ha sucedido la actitud del hombre experimentado que ve y analiza con ojos más reales la verdad descarnada de las cosas que repiten sin cesar un lacerante morir habernos. El cuadro colorista y risueño del Renacimiento se ha simplificado, y los tonos oscuros se acentúan rimando con el basto sayal de la penitencia y de la ascesis. Pensemos por

ejemplo, en las postrimerías, de Valdés Leal pintadas para el hospital de Sevilla.

No es más breve la serie de poetas que podría presentaros al efecto, y, aunque no abusaré de las citas, no dejaré de leer algunos ejemplos insignes que pondrán de relieve cuanto vengo diciendo. Sea el primero este poema de D. Gabriel Bocángel, tan olvidado y desconocido, como gran poeta.

Huye del sol el sol, y se deshace
la vida a manos de la propia vida,
del tiempo que a sus partos homicida
en mies de siglos las edades pace.

Nace la vida, y con la vida nace
del cadáver la fábrica temida.

¿Qué teme, pues, el hombre en la partida
si vivo estriba en lo que muerto yace?

Lo que pasó ya falta; lo futuro
aun no se vive; lo que está presente
no está porque es su esencia el movimiento.

Lo que se ignora es sólo lo seguro:
este mundo república de viento
que tiene por monarca un accidente (18).

No menos expresivo y fuerte es este célebre soneto quevediano, lleno de desengaño:

Miré los muros de la patria mía,
si un tiempo fuertes, ya desmoronados,
de la carrera de la edad cansados,
por quien caduca ya su valentía.

Salíme al campo, ví que el sol bebía
los arroyos del hielo desatados;
y del monte quejosos los ganados,
que con sombras hurtó su luz al día.

Entré en mi casa; ví que amancillada,
de anciana habitación era despojo;
mi báculo más corvo y menos fuerte.

Vencida de la edad sentí mi espada,
y no hallé cosa en qué poner los ojos
que no fuese recuerdo de la muerte (19).

(18) **La lira de las musas.** Madrid 1635.

(19) Ed. Astrana, Verso. Madrid 1932.

Y por fin, para no cansaros, aquí está este fragmento de «El Príncipe Constante», de Calderón:

Bien sé al fin que soy mortal,
y que no hay hora segura;
y por eso dió una forma
con una materia en una
semejanza la razón
al ataud y a la cuna.
Acción nuestra es natural,
cuando recibir procura
algo un hombre, alzar las manos
en esta manera juntas;
mas cuando quiere arrojarlo,
de aquella misma acción usa,
pues las vuelve boca abajo
porque así las desocupa.
El mundo cuando nacemos,
en señal de que nos busca,
en la cuna nos recibe
y en ella nos asegura
boca arriba; pero cuando,
o con desdén o con furia,
quiere arrojarnos de sí,
vuelve las manos que junta
y aquel instrumento mismo
forma esta materia muda;
pues fué cuna boca arriba
lo que boca abajo es tumba.
Tan cerca vivimos, pues,
de nuestra muerte tan juntas
tenemos cuando nacemos,
el lecho como la cuna (20).

«La cuna y la sepultura» (21) se llama con título elocuente un tratado moral de Quevedo, y nacimiento y muerte están juntos en estos versos de Calderón, de cuya obra teatral es uno de los ejes fundamentales el tema que nos ocupa. La vida es sueño,

(20) Ed. Valbuena. Clásicos Castellanos. Madrid 1926-27.

(21) Ed. Cit. Prosa.

flor fugaz, río breve que pronto se pierde en los abismos de la mar inmensa.

Y ahora, queridos estudiantes, quiero que saquéis de esta lección una sana enseñanza moral. Estáis comenzando a vivir. El mundo os ofrecerá alegres frutos y agudas espinas: no desdeñéis unos ni otras, pero usad de la vida que se os ha dado, como quien ha de dar cuenta de ella. Ya lo habeis visto, todo fenece, el mundo es efímero, y en fin de cuentas sólo una verdad resplandece. Vivid prevenidos, pues como dice Fr. Luis de Granada, «día vendrá en que amanezcas y no anochezcas» (22). Bueno me parece daros aquí para terminar con esta cuestión de vida o muerte, aquellas palabras llenas de sabiduría que Quevedo escribió en «El mundo por de dentro»:

«Por necio tengo al que toda la vida se muere de miedo que se ha de morir; y por malo al que vive sin miedo della como si no la hubiese; que éste la viene a temer cuando la padece, y embarazado con el temor, ni halla remedio a la vida ni consuelo a su fin. Cuerdo es solo el que vive cada día como quien cada día y cada hora puede morir» (23).

Perdón a todos por el levísimo atavío de esta rápida y deshilvanada lección digna de un comentarista mejor.

J. M. ALDA TESÁN.

(22) Guía de pecadores, Ed. Clásicos Castellanos, Madrid 1929.

(23) Ed. Cit. Prosa.